

# **DERRUMBE DEL COMUNISMO Y TRIUNFO DE LA SOCIEDAD ABIERTA**

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Luis González Seara\*

## **1. DERRUMBE DEL COMUNISMO**

El derrumbe del comunismo en la Unión Soviética y en los países socialistas del Este de Europa no significó tan solo el final del modelo comunista: implicó también el fracaso último de los sistemas alternativos del régimen parlamentario que se idearon en los años veinte. La crisis del parlamentarismo había alcanzado por entonces un alto nivel de discusión teórica y una extendida y violenta movilización política.

Un escrito de Carl Schmitt, *La Situación del Parlamentarismo*, y un ensayo de Hans Kelsen, *La Esencia de la democracia*, resumen, desde un riguroso análisis teórico, la discusión intelectual en contra y en pro del sistema parlamentario en la Europa de entreguerras.

En el plano de la lucha política, las cosas fueron más violentas y las alternativas a la democracia liberal se agruparon en torno a dos modelos: el burgués-capitalista de las dictaduras fascistas, y el obrero-socialista de las dictaduras del proletariado. El modelo fascista —Italia, Portugal, Alemania, Austria, España, Francia de Vichy— fue vencido en la Segunda Guerra Mundial, y aunque se mantuvo durante tres décadas, después de finalizado el conflicto en algunos países, como Portugal y España, era un sistema agotado, proscrito a derecha e izquierda. La dictadura del proletariado, en cambio —establecida en la Unión Soviética, Europa del Este, China, Cuba— vió

---

\* Sesión del día 8 de mayo de 2012.

reforzado el atractivo de su mensaje mesiánico-revolucionario con la legitimidad de la victoria frente al fascismo.

El nuevo orden internacional salido de la guerra configuró un sistema de bloques enfrentados en torno a dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, que luchaban con las armas de la “guerra fría” por el triunfo de sus respectivas concepciones del mundo. Después, casi de golpe, el supuesto castillo roquero de uno de los contendientes se ha venido abajo, como si fuese de arena, y una vez más la lechuza de Minerva levantó el vuelo entre las ruinas para explicar su asombro ¿cómo fue posible llegar tan tarde sin caerse del caballo?

La concepción revolucionaria de la dictadura del proletariado era una obra conjunta del racionalismo intelectual y el mesianismo político. El andamiaje científico-crítico levantado por Marx y Engels contra el liberalismo burgués se vió potenciado en el primer cuarto de siglo por una pléyade de intelectuales revolucionarios —Lenin, Kautsky, Plejanov, Trostki, Rosa Luxemburgo, Max adler, Otto Bauer— que mantuvieron, sin duda posiciones discrepantes, pero que acabaron originando un modo de lucha que derivó en la sacralización de ciertas palabras: revolución, lucha de clases, imperialismo capitalista, dictadura del proletariado, estructuras de explotación, libertades formales, ideologías dominantes. La propia dinámica de las palabras sagradas y el triunfo de la Revolución de Octubre fueron arrojando a las tinieblas exteriores las ideas conciliadoras que propugnaban la reforma, e incluso las palabras de gloriosa tradición, como socialdemocracia, convertida en un término despectivo, equivalente de social-traición o de social-fascismo. Dentro de la mejor tradición jacobina, la dictadura del proletariado se convertía en una dictadura educativa, encargada de eliminar a los mal formados, y en una alianza de la filosofía y el sable para transformar el mundo. No se trataba de reformar al burgués, sino de acabar con él y sus instituciones. El Parlamento, tal y como sostenía Lenin en *El Estado y la Revolución* debería ser suprimido.

Esta concepción de la vida política derivó en un menosprecio de los procedimientos de la democracia parlamentaria, que implica discusión y transacción, para encumbrar las doctrinas de la violencia y la acción directa, defendida también por los partidarios de otros modelos, como el fascista, de Mussolini, o la mitología de la huelga general revolucionaria, de Sorel. En esas circunstancias, la máxima sacralidad devino para la palabra revolución, portadora de un mesianismo salvífico decidido de modo inapelable por las propias leyes de la historia. Después de los fastos gloriosos de la revolución francesa, llegaba la revolución rusa, la revolución china, la revolución cubana. Los intelectuales orgánicos o simplemente comprometidos con el comunismo expandían la nueva doctrina universal, esta vez apoyada en el análisis científico de las estructuras ocultas de la sociedad y el desve-

lamiento de las leyes de la historia. El legitimador del poder comunista podrá asumir, confiado, las consecuencias de su compromiso con un partido organizado militarmente, sí, pero que actuaba guiado por el sentido de la historia descubierto por la razón científica.

El partido comunista no era, pues, un partido comparable a los demás: era un partido popular, estructurado por dirigentes que debían aplicar un método científico y que adoptaban las decisiones de acuerdo con una supuesta razón histórica. La fascinación ejercida sobre los intelectuales era explicable, si unimos al primado de la ciencia y la razón la función salvífica de conducir el mundo al reino de la libertad. Se comprende menos, en cambio, que algunos intelectuales se hayan demorado tanto en reaccionar ante la organización criminal montada por Stalin y su aparato en nombre de la razón científica, y se comprende menos aún que hayan continuado ciegos ante las múltiples vías que han pretendido hallar otros revolucionarios dirigidos a la misma meta y con parecidos métodos: la vía china, la vía yugoslava, la vía cubana. Toda una red viaria para la circulación de un mensaje que mantenía contra viento y marea, por encima de violencias y purgas, dos principios inmovibles: la propiedad colectiva de los medios de producción como la gran panacea contra la miseria y la injusticia; y la omnipotencia del partido como faro orientador del proceso histórico y de la sabiduría política.

No sería justo olvidar los abandonos del partido comunista, las críticas y las rectificaciones, producidos desde los años cincuenta, a raíz de las denuncias de los crímenes de Stalin por Jruschov y del aplastamiento de Hungría por los tanques rusos. Empezó entonces a comprenderse por parte de muchos intelectuales de izquierda que la toma del poder por vanguardias revolucionarias y jacobinos ilustrados sólo ha servido para implantar despotismos y dictaduras de una nueva clase burocrática, aliada con el sable.

Desde *La Nueva Clase*, de Milovan Djilas, en los años cincuenta, a *La Nomenclatura*, de Michel Voslenski, en el final de los setenta, fueron apareciendo publicaciones de intelectuales que vivieron las experiencias comunistas, destinadas a describir ese final despótico-burocrático de la utopía revolucionaria. Y en los países de Occidente muchos intelectuales marxistas realizaron análisis, críticas, revisiones, polémicas, interpretaciones, denuncias, profecías, descargos de conciencia, que se unían a las de los otros intelectuales no marxistas. Jean Paul Sartre, Ernst Bloch, Luis Althusser, Henri Lefévre, Roger Garaudy, y otros intelectuales marxistas, mantuvieron viva la discusión teórica, con frecuencia seguida del abandono de la disciplina del partido. Y algunos literatos como Soljetnisin, contaron al mundo los horrores del GULAG. Sin embargo, la mayoría de los intelectuales del partido comunista y buena parte del progresismo intelectual, en vez de hacer frente a la realidad denunciada y a los hechos patentes, buscaban

huídas como la del modelo chino, queriendo ocultar la realidad del despotismo maoísta y sus estrepitosos fracasos económicos con la mitología del líder oriental, mitad campesino, mitad poeta, que había realizado la utopía revolucionaria, lejos de los crímenes de Stalin y de la burocracia imperialista soviética. Otras veces, desviaban la huída hacia el modelo chileno, o hacia la denuncia de la explotación imperialista del Tercer Mundo. Todavía muy avanzados los años setenta, intelectuales comunistas españoles y franceses, que ahora declaran haber sido siempre socialdemócratas —a tanto llega el olvido— se complacían en injuriar a Soljetznizín y en alabar a Cunhal, irreductible bastión estalinista portugués.

Es cierto, sin embargo, que en los años setenta en varios partidos comunistas, especialmente los latinos, se planteó el abandono de la dictadura del proletariado y la vuelta a una colaboración con las fuerzas burguesas dentro del sistema parlamentario.

La tesis del eurocomunismo y del compromiso histórico se formularon con toda nitidez por el Partido Comunista italiano por su líder Enrico Berlingüer, pero respondían a una vieja tradición del comunismo. La idea estratégica de que los comunistas llegaran a un entendimiento con otras fuerzas burguesas y populares, para avanzar en objetivos comunes de progreso político y social, se halla ya en el mismo Lenin y en su planteamiento de la Nueva economía Política, la practicaron los comunistas chinos en su alianza con el Kuomintang de Chang Kai-Chek, y estaba presente en los acuerdos de los Frentes Populares que se hicieron en Europa. En Italia, Antonio Gramsci, que no duda en entregar la hegemonía de la clase obrera a la dirección rígida del Partido comunista, planteó ya en 1930, en la famosa “Cuestión Meridional”, la conveniencia de alianzas con los campesinos y las masas católicas para avanzar en la senda revolucionaria. Después, Palmiro Togliatti, que ya había mantenido un compromiso constitucional efectivo a partir del viraje de Salerno (1944), defenderá en los años sesenta una vía italiana al comunismo y un diálogo con las fuerzas católicas y democristianas, que culminarán en la propuesta de Berlingüer del “compromiso histórico”, en el año 1973. La idea del compromiso y la concepción del eurocomunismo se extendieron por Europa, pero, en realidad, excepción hecha del abandono de las dictaduras del proletariado, no se puede afirmar que en el eurocomunismo exista un auténtico pensamiento político.

Ha sido un esfuerzo pragmático para conectar el Partido Comunista y las instituciones democráticas, y poco más. Basta con leer el libro de Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*. Ahí se dice que el eurocomunismo es un revisionismo más que formula soluciones para un tiempo histórico con diversidad de vías, pero cuyo objetivo era lograr un Estado gestor, que se adueñara de los aparatos ideológicos y les diera la vuelta para convertir-

los en instrumentos contra el capital monopolista. En definitiva, se trataba de utilizar el Parlamento y demás aparatos ideológicos: iglesia, escuela, universidad, justicia, medios de comunicación, para transformar la sociedad burguesa en una democracia obrera. Nada, en verdad, nuevo.

En realidad, lo que se había caído de golpe en el final de la década de los años ochenta era la doctrina del comunismo, volviendo inútiles todas sus vías. De pronto, se hizo evidente que la famosa unión revolucionaria de la acción social y la ruptura política, lejos de liberar a las masas, las había esclavizado.

Los nuevos valores hablaban de primar la cultura sobre la ideología, la tolerancia sobre el compromiso. Y el mito del Estado gestor, también, se había venido abajo. Las burocracias comunistas, aparte de engendrar un despotismo esclavizador, dejaron en la pobreza y el atraso económico a pueblos enteros. Las mayores dificultades que encontró la *perestroika* de Gorbachov provienen del desastre sin paliativos en que se halló sumida la economía soviética. Y la *perestroika* fue la gran trompeta que derrumbó los muros del comunismo.

Mijail Gorbachov fue el artífice de un giro radical en la política mundial y en las concepciones ideológicas. En China, Deng Xiaoping se había adelantado en la crítica del maoísmo y de la Banda de los Cuatro, haciendo públicos los desastres ocasionados por la Revolución Cultural y otras locuras, y proponiendo una reforma en la política económica a través de las cuatro modernizaciones. Pero, en cambio, se excluía la modernización política. Deng Xiaoping seguía aferrado a la dictadura del proletariado y a la dictadura real del partido, y los sucesos de Tiananmen, de 1989, fueron la mejor expresión de que el cambio no llegaba a los supuestos básicos del sistema político. La *perestroika* de Gorbachov se planteó también un cambio en la economía, para hacer frente a los fracasos y a los “mecanismos de frenado” que la habían conducida al estancamiento, la escasez de bienes de consumo, la corrupción y la injusticia en el reparto. Pero Gorbachov, tal y como contó en su libro *Perestroika*, planteó además la necesidad de un cambio drástico, no un mero lavado de cara, que exigía la democratización de la sociedad, especialmente en el orden informativo. La *glasnot*, se convirtió en el punto central de la renovación, de la crítica, de las iniciativas y de las actitudes creativas. Y todo ello desató el proceso vertiginoso que hemos vivido en el Este de Europa y la cancelación del modelo comunista. La concepción económica central de los socialismos, la que hace de la propiedad de los medios de producción el eje central del cambio social, ha muerto. El mito de las nacionalizaciones yace en tierra cubierto de inaptitudes y abusos burocráticos. El Estado, como gestor económico, se ha revelado ineficaz en todas partes. Lejos de conseguir la racionalidad, su funcionamiento se ha

visto orientado por criterios partidistas, por burocracias corruptas, por despilfarros incontrolables. La economía de mercado vuelve a proclamar sus excelencias competidoras. El derrumbe del comunismo fue acompañado de la pérdida de la fe en el intervencionismo estatal, en la planificación, en los programas elaborados por el jacobinismo centralizador. Agotado el llamado socialismo real, es preciso desarrollar los sistemas abiertos, reflexivos, críticos, que garanticen una vida en libertad y una sociedad democrática.

Es la hora de la sociedad abierta, el gran triunfo de K. Popper.

## **2. EL TRIUNFO DE LA SOCIEDAD ABIERTA**

Tras muchos avatares, la sociedad abierta postulada por Karl Popper se presenta como la gran realización de la filosofía política occidental. Escrita durante los años de la Segunda Guerra Mundial y publicada en 1945, *La sociedad abierta y sus enemigos* aparece como la gran fórmula de enfrentamiento contra los totalitarismos nazi y comunista, primero, y contra el capitalismo de mercado libre y el socialismo de planificación centralizada después, que constituirán uno de los factores de enfrentamiento de la llamada guerra fría, en el debate por la supremacía ideológica. En ese conflicto, la sociedad abierta vino a equipararse con la sociedad liberal, de modo que acabaría por identificarse con los gobiernos democráticos, sometidos a la legalidad del Estado de Derecho.

El final de la guerra fría produjo una exaltación de la sociedad abierta, que se veía como la triunfadora definitiva en su lucha contra el totalitarismo en todas sus dimensiones, incluídas aquí algunas manifestaciones que propugnan casi la desaparición de un Estado, como es el Estado mínimo de Robert Nozick. De todos modos, en el enfrentamiento de la guerra fría no contaban solamente los factores políticos, sino también los económicos. “En consecuencia, la sociedad abierta requiere no sólo un sistema político democrático, sino un sistema económico de mercado”, según dice Ramón Cotarelo. En el fondo, el enfrentamiento era el del capitalismo frente al socialismo o el comunismo. Se entiende, también, la idea de que la democracia y el capitalismo pueden ir de la mano en determinadas circunstancias. En definitiva, la sociedad abierta es una democracia de libre mercado en la cual no hay verdades únicas de validez universal, pues todo está en constante revisión y depende de la decisión de la mayoría. Sólo hay verdades convencionales, lo mismo que pasa con los mercados, donde no hay criterios únicos y uniformes de hacer las cosas entre agentes competitivos. No deben llevarse las cosas a decir que todo depende de las decisiones de la mayoría. Al contrario, casi todas las democracias se protegen de la tiranía de la mayoría. A lo cual se une la idea liberal de los valores, que planteó I. Berlin. La defensa de la sociedad abierta como aquella

donde compiten los valores, sin que se imponga uno de ellos a la fuerza, tiene mucho que ver con la reforma gradual de las sociedades. El criterio de transformación mediante las reformas, propio de la socialdemocracia, es compatible con las ideas de Popper del racionalismo crítico.

La sociedad abierta está en permanente tránsito, en reforma continua, según se van aplicando criterios de verdad distintos. Por eso resulta sorprendente la crítica que hace el filántropo y especulador George Soros, discípulo de Popper, de las sociedades abiertas contemporáneas, en el sentido de que los políticos no dicen la verdad porque no les interesa la realidad, sino sus propios intereses. En la sociedad abierta compiten verdades construidas, y tanto se han acostumbrado al carácter discursivo de la verdad que han dado en creer que no existe una única verdad.

Eso parece ser uno de los postulados esenciales de la postmodernidad: no hay grandes relatos, no hay sistemas, no hay verdad fuera de las que nosotros construimos con ánimos de convencer a los que no las profesan porque profesan otras. Según Gianni Vattimo (2003), “la verdad es interpretación”. En esto consiste el debate público de la sociedad abierta: las propuestas alternativas y competitivas de la verdad. En una sociedad abierta no hay discurso dominante y todos pugnan por dominar, en un foro de discusión que nos lleva a la comunicación política promovida por los medios de comunicación, instrumentos esenciales para el debate público. En definitiva, la sociedad abierta es una sociedad mediática, donde los medios de comunicación son los órganos de interpretación de la realidad. Ahora bien, no todo lo que cabe en la sociedad abierta es abierto, y hay partes de ella empeñadas en imponer sus valores: son los enemigos de la sociedad abierta, entre los cuales Popper incluía a Platón, una cuestión que no podemos examinar aquí ahora, pero que se refiere al hecho de que la sociedad abierta es una sociedad conflictiva, que alberga en su seno fuerzas que entroncaron con movimientos revolucionarios de izquierda, anarquistas, comunistas, radicales, socialdemócratas y otros compañeros.

El comunismo se derrumbó en los años noventa del siglo xx, arrastrado por el hundimiento de la Unión Soviética y los países bajo su control, prácticamente desaparecido en todos los países occidentales, salvo pequeñas agrupaciones electorales. El hundimiento del comunismo abrió una carrera de fragmentación de la izquierda, donde aparecen partidos de nuevo tipo y movimientos sociales por los que transitan Estados de bienestar, ecologismos, pacifismos, feminismos, derechos de minorías, tercer sector, organizaciones de cooperación, nacionalismos y otros proyectos, que suelen sostener que “otro mundo es posible”, sin que se divise cual es la propuesta alternativa de ese mundo, salvo la reiteración utopizante de algún “hombre nuevo”, como el del sueño de Marx.

Pensar que se puede crear a estas alturas una sociedad que no esté movida por el afán de lucro personal sería la más ingenua de las utopías. Y no es casualidad que no haya ninguna alternativa a la sociedad abierta, y mucho menos si se trata de ideas revolucionarias, que han mantenido desde antiguo una visible separación y enemistad entre el socialismo y el comunismo. La sociedad abierta ofrece un panorama más fecundo al considerar que esa sociedad es democrática y, además, es cosmopolita según la fina caracterización que hizo David Held. La globalización, dice Held, está llevando la vanguardia de la reflexión hacia una democracia cosmopolita que haga frente a la emergencia de los nuevos poderes nacionalistas y comunitarios.

En principio, la democracia parece haber ganado la batalla a otras formas activas de gobierno. Casi todo el mundo se define como demócrata. La democracia es la fuente de legitimidad y legitimación de la vida política moderna, pero está lejos de constituir un concepto bien definido, en manos de unos ciudadanos activos, dispuestos a participar asiduamente en la vida política. Al contrario, en Occidente, patria de la democracia representativa liberal, se vive un cierto eclipse de ese ideal de ciudadano. El hundimiento del modelo marxista-leninista no despejó el horizonte de enemigos, como ingenuamente proclamaron varios ideólogos precipitados del fin de la historia y del nuevo orden global. Las viejas ideas de soberanía, libertad y democracia liberal tuvieron que confrontarse y articularse en disposiciones que garanticen la autonomía de todos los miembros de la comunidad política. De ahí se deduce que la soberanía debe ser limitada. “El *demos* debe gobernar, dice David Held, pero dentro de un marco de condiciones sociales, políticas y económicas equitativas que hagan posible la vida democrática misma”.

Y eso significa que la justicia sólo prevalecerá cuando el Imperio de la Ley esté consolidado en todos los Estados y las relaciones internacionales.

En cualquier caso, la democracia tienen que seguir confrontándose con múltiples enemigos, empezando por el dinero que necesitan los partidos políticos para financiar sus enormes campañas electorales y sus desmedidas burocracias, en algunos casos corruptas, en una espiral perversa que no acaba de girar.

Nadie puede arriesgarse a abandonar esa peligrosa danza y perder el debate de turno. Tal como indica Ronald Dworkin, “en política el dinero no sólo es enemigo de la justicia, sino también del debate genuino”, que acabará socavando la legitimidad de nuestro sistema político.

La sociedad abierta tiene que ir más allá de la mera concepción mayoritaria de la democracia.